

NARRACIONES CABALLERESCAS

Las cuestiones de honor

El duelo entre militares

De vez en cuando un acontecimiento trágico, como la muerte del marqués de Pickman, o sucesos ruidosos, cual el reciente encuentro de los Sres. Sánchez Guerra y Soriano, o el asalto de armas entre dos muchachos periodistas tan inteligentes, tan simpáticos y tan conocidos como Gabás y Herrero, traen a las columnas de los periódicos y al chismear público el tema de las cuestiones de honor, en que todo el mundo se ocupa durante unos días.

Hablemos, pues, de ellas, ya que tornan a ser de actualidad para el cronista, y hoy que tengo yo un estímulo más para tratar de ese asunto. El estímulo consiste en una carta con que me honra D. Miguel Matarredona, pidiéndome copia de documentos relativos a las múltiples cuestiones de este linaje en que me ha cabido la suerte, no siempre envidiable, de intervenir.

No son ellas pocas; y aun cuando no podré complacer al autor de la carta, porque uno de mis graves pecados es el de desear mucho mis papeles, una hora de charla con quien esos datos solicita de mí, podrá, seguramente, dar interés al libro que prepara.

Soy, en efecto, entre los periodistas de mi tiempo, entre los de esa generación que ya se va a paso de carga, dejando en los zarzales del camino más ilusiones, marchitas que estrellas hay en el cielo, para ceder el sitio al grupo de brillantes escritores jóvenes que esmaltan con su ingenio y su cultura las páginas de los grandes periódicos; soy—decía—uno de los que en más ocasiones he visto en la dolorosa necesidad de poner una firma con las armas de combate a trabajos periodísticos, publicados anónimamente, según la costumbre, la mala costumbre, de la Prensa española. Ferviente enamorado de esta profesión ingrata, que, como casi todas, quiere menos a quien más la quiere, apenas si he sacado de mi labor de veinte años otro provecho personal que la experiencia que me da en estos asuntos de que ahora me propongo escribir, mi repetida intervención en ellos.

Hablemos, pues, un poco de las cuestiones de honor, y hagámoslo para tratar, con tal motivo, de un problema que considero de verdadero interés nacional, porque importa al prestigio de los oficiales del Ejército, esos hijos predilectos de la nación, digan lo que quieran los sistemáticos detractores de la milicia, porque en aras de la patria hicieron el sacrificio de la vida, y el sacrificio, aún mayor, de la voluntad, envueltos en aquel juramento formulado, cuando apenas les apuntaba el bozo, allá en Toledo ó en Valladolid, en Guadalajara, en Segovia ó en Ferrol.

Hablemos del duelo entre militares.

Ahí ténéis, palpitante todavía, el caso del capitán Paredes. Ahí ténéis, más reciente aún, el ejemplo del general March. El uno procesado, en libertad provisional solamente, después de un calvario de muchas semanas. El otro, trasladado desde el mando supremo de un cuerpo de Ejército a un destino burocrático, luego de algunos días de sinsabor y de zozobra. Aquél, padeciendo las consecuencias de haberse batido en duelo. Este, sufriendo los resultados de su esmeroso respeto a lo dispuesto en materia de desafíos.

Fijaos bien en esos dos ejemplos. Ellos dicen en cuál postura dejan a nuestros soldados, frente al Código del honor, las disposiciones del Código de Justicia Militar, interpretadas por los actuales gobernantes con una ganoheria comprensible si se tratase de los Guardias Nacionales, pero que anda a la grena con la tradición de la España militar, desde Gonzalo de Córdoba hasta Martínez Campos.

Todo el fervor religioso del Sr. Maura, toda la tartufería de sus amigos, serán poco para meterlos en la cabeza que un militar requerido a dirimir una contienda en el terreno de las armas no pierda su prestigio si no acude al requerimiento. Y precisamente porque eso no cabe en cabeza alguna, los Gobiernos habían hecho alarde siempre de una gran tolerancia cuando un militar se encontraba en la situación que ha tenido en Zaragoza el señor March siendo capitán general de Aragón.

Abandonando esa tolerancia, sin reemplazarla previamente por Tribunales de honor con tales rufes en las costumbres y tal autoridad en la opinión que no sea preciso someterlos los asuntos, sino que ellos los arranquen al conocimiento de padrinos y testigos, y fallen cada caso en forma que no deje sombra de duda sobre el honor de nadie; abandonando esa tolerancia para sustituirla por el estricto respeto al artículo del Código de Justicia Militar que se refiere al duelo, se llega a los casos extremos de que os hablaba al principio.

El señor general March, hay que decirlo con pleno conocimiento de pormenores, de que heiros carecido hasta ahora, tenía toda la razón en el asunto que motivó sus querrelas con el Sr. Girault. La tradición obligaba a la actitud en que aquel día se colocara; los mandos de sus antecesores en el Ejército y el ejemplo de muchos compañeros suyos, se oponían a que se comportase de otra guisa. El general March, sin embargo, ha perdido el mando que desempeñaba.

Y es que los procedimientos de Gobierno al uso llevan a los militares, metidos en achaques caballerescos, al durísimo trance de caer en uno de los dos términos de este terrible dilema: ó se baten, y entonces viene el proceso con todas sus molestias y perjuicios, acaso la condena que obligue a cambiar la guerrera gloriosa por el pardo chaquetón del presidario, ó no se baten, y entonces se pone en duda su valor, bien acreditado en los campos de

batalla, duda que evidentemente incapacita para el mando, si no es que se ven expulsados del Ejército por sus propios compañeros.

Esto no puede ser. Lo dicen nuestros hombres de armas todos, y hay que repetirlo hasta que tal estado de cosas desaparezca: es indispensable que el Gobierno busque solución a un problema que sin necesidad alguna ha planteado. Y si no la busca ó no la encuentra, los jefes superiores de la milicia están en el deber de estudiar una, y, luego de acordada, imponerla enérgicamente donde deban.

Pongamos punto a este artículo, ya demasiado largo, y que él sirva como de prólogo a unas cuantas narraciones de este género que irá viendo el lector a quien no se le acaba la paciencia a medida que las demandas de la actualidad y mis otros deberes en el periódico lo consientan.

No serán ellas de importancia por lo que tengan de personal; pero pueden despertar interés en aquellos con quienes habitualmente departe el DIARIO, porque esencialmente anecdóticas en lo sucesivo, se referirán a personas y a sucesos, algunos de los cuales han pasado a la historia política de España; y en todo caso constituirán unas cuantas notas íntimas para las crónicas del periodismo madrileño de veinte años a la fecha.

Angel de LUQUE

LECTURAS PARA LA MUJER

Hace cerca de un año dimos cuenta a las lectoras en estas columnas de la aparición de un libro extraordinario, escrito por una joven americana sorda y ciega.

Ha sido un libro que atrajo la atención del mundo; se tradujo al francés y a todos los demás idiomas, causando la admiración de cuantos lo leyeron.

España no permaneció indiferente; un periódico ilustrado emprendió su publicación, y hoy se encuentra ya impreso en español.

El haber trabajado en la traducción de esa obra no ha de impedirle hablar de ella, con conciencia, como lo estoy, de que es una obra admirable, cuya divulgación encierra un verdadero interés humanitario.

España, como hace notar muy bien el señor Bejarano en el prólogo de la traducción, tiene la honra de ser la cuna de la enseñanza de estos desdichados anormales, gloria que nadie le puede disputar.

Fray Pedro Ponce de León y Juan Pablo Bonet han sido los inventores y los apóstoles que propagaron esta enseñanza por el mundo; pero es también cierto que mientras los otros países trabajaron en su perfección y desarrollo, España permaneció estacionaria.

Es decir, en España siguieron formándose los primeros profesores de esta difícil enseñanza; pero ni particulares ni Gobiernos le consagraron la atención que merece.

Es caso de un sordo-mudo, educado en nuestra casa de sordos-mudos de Madrid, el Sr. Maura, que causó la admiración en la Exposición Universal de Viena el año 1873, el de Laura Bigman y el de la autora de este libro, juntos con otros que ella misma nos narra, prueban hasta donde puede llegar la capacidad de esos desdichados enfermos.

Nadie como ellas tienen derecho a la educación que las reduce de la triste condición en que las sume la falta de los sentidos.

leyendo este libro de Helen Keller, que ella titula *Historia de mi vida*, se va observando cómo se descorren los velos que entenebrece su cerebro, cómo su espíritu se ilumina y cómo su alma se eleva hasta las ideas abstractas y hasta la concepción suprema de la belleza.

Así, pues, pensar que, sin la educación, ese espíritu privilegiado, que cautiva tanto con su inteligencia como con la ternura de sus sentimientos, hubiera quedado sumido en la inconsciencia del bruto.

La joven sordo-muda y ciega es una pensadora profunda que posee un estilo correcto y ameno, que, estudiado con las que vea y oye en el mundo, y que posea la perfección del inglés, alemán, francés, latín y griego. Ya ha publicado otros dos notabilísimos libros: por ninguno como éste da idea de su vida y de sus pensamientos; es un libro en que el indigente puede encontrar sólo bellezas, y en que el profesor y el psicólogo hallarán igualmente un tesoro de observaciones.

Merced a la enseñanza Helen Keller, según sus mismas frases, ha logrado «ver con el alma y oír con el corazón».

¡Ojalá que el esfuerzo de publicar este libro no sea perdido, y que empiece a pensarse de un modo serio en mejorar la triste suerte de los sordo-mudos y de los ciegos!

COLOMBINE

PROBLEMA DE ACTUALIDAD

Motines y cartuchos con carga reducida

A raíz de cuantos incidentes análogos al desarrollado en las calles valencianas ha tenido que intervenir la fuerza pública, un clamoroso general de protesta se ha levantado contra el mortífero empleo del Mauser.

Obsesionada la opinión ante los efectos tan destructores de este pido, con natural desconocimiento de las condiciones balísticas del arma, lo que creyó ser suficiente en el mal. Cartuchos con carga reducida, ya que no se le dan gobernadores con dotes de mando ordinarias.

Confesaron aquellos los Parques; distribuyeron, si nuestros informes son exactos, en la primera ocasión, una de las tan corrientes imprevisiones gubernamentales, alentadas con la creencia de su benigna acción, lanzaron a la calle la incoherente fuerza pública, obligándola a que los que queme profusamente, y entonces es cuando se tocan las consecuencias de tamaña ligereza.

Los proyectiles de pequeño calibre, como el Mauser, sin reducciones en sus cargas, han recibido el calificativo de *humanitarios*, y aunque esto sea un sarcasmo por los efectos, es una gran verdad.

Ya los ingleses, en su campaña del Afganistán—donde emplearon el fusil Lee-Metford, de calibre igual al nuestro Mauser—, notaron sus insignificantes efectos en comparación con calibres mayores. Cuando la bala interesaba algún órgano vital, continuaba el enemigo combatiendo, notándolo apenas, y siendo rápidamente las curaciones que se obtenían con heridas por esta clase de proyectiles.

Por tal causa, sin duda, emplearon las famosas *dim-dums*, ó *Man Stopping Bullets* (proyectiles que detienen al hombre), y que se reducen al cartucho corriente, en cuya bala se introducen ciertas alteraciones mecánicas que no son del caso, para que, al penetrar en el cuerpo, se divida en fragmentos que desgarran, trituran y despedacen, cuanto a su paso encuentran.

En nuestras contiendas coloniales pudo también comprobarse aquel extremo. Los he-



La "visión" del marqués de Villavieja

ridos de bala Mauser, por su extraordinaria fuerza impulsiva y pequeño calibre, que taladraban de parte a parte el cuerpo humano, causaban heridas de bordes limpios, sin maceraciones ni trituras internas, por lo general, y fácilmente curables.

Consecuencias análogas se están registrando en la guerra ruso-japonesa, citándose como ejemplo por los médicos rusos, el caso de un cosaco del destacamento de Mitchenko, quien, herido en el vientre durante el combate de Tian-Yu, continuó el día siguiente al combate al cuartel general del Jaiy y al día siguiente al Gratchinski, que herido de cinco balazos en la batalla de Ka-Lien-Tse, tuvo ánimo para atravesar a trastras las líneas japonesas y llegar a las ambulancias rusas.

Compárese éstas con las heridas producidas por los proyectiles Remington, Winchester y, en general, cualquier arma de mayor calibre, y para esto sin envuelto protectora y de menor penetración, y se verá que es exacto el calificativo de *humanitario* aplicado al Mauser, a pesar de lo que se dice de él.

Una bala, al azar, no atraviesa muros haciendo a los inocentes; pero los proyectiles que se *aprovechen*, eso, seguramente, producirán heridas más cruelmente mortíferas que las que ocasionarían con carga ordinaria.

O serán inútiles, en cuyo caso la fuerza pública será arrollada, y para esto sin envuelto protectora y de menor penetración, y se verá que es exacto el calificativo de *humanitario* aplicado al Mauser, a pesar de lo que se dice de él.

Medios tiene el ramo de Guerra en los competísimos cuerpos de Artillería y Sanidad para comprobarlo antes de que se ordene su uso, y el asunto no es tan baladí que merezca pase inadvertido.

X.

CARA Y CRUZ

DE SENADO A SENADO

Coged un periódico; llevad diariamente cuenta de lo que sucede en la alta Cámara, y diariamente hallaréis igual cantinela: «Se abre la sesión a las tres. Preside el general Azcárraga. En los escaños cinco senadores. Las tribunas, desiertas. Se aprobó el acta del día anterior. Tal y cual fueron ruegos sin interés; se votan varios dictámenes de la orden del día, y a las tres y media se levanta la sesión.»

¿Es esto, ó no esto, lo que, fuera de algún día *gordo*, ocurre en el Senado desde que el Senado se instituyó?

Si el Senado no fuese más que una oficina de asistidos; si la sociedad sepulcral de sus sesiones no se transformara después en votación de leyes; si tras cada senador reumático ó gotoso no fuese un aguacil, con su citación, porque usted no paga el consumo, ó un guardia civil, con su mandamiento de prisión, porque ha faltado usted a tal ley, al pueblo español le tendría sin cuidado los senadores.

Pero es el caso, que de aquel palacio viejo, de aquellos salones donde toda enfermedad tiene su asiento, salen, con tanta obligación, resultados por la *Gaceta*, jóvenes y fuertes por el Mauser, ó por el calabozo, esas contribuciones que nos ponen el pan por las nubes, los vestidos por el quinto cielo y la libertad de pensar y de escribir más arriba de la región del aire.

¿Para qué nos sirve el Senado? Los propios senadores dicen diariamente que para nada. Los taquígrafos y empleados allí podrían declarar lo mismo. El propio Gobierno, puesta la mano en el corazón, habrá de afirmar otro tanto, y si es el país, no se diga; el país declara a voz en cuello que entre las muchas instituciones aquí inútiles, la del Senado es la peor.

No hay, ni puede haber otra razón de

que el Senado sea, sino la de decir que, en otros países, lo hay también.

El campo de sus defensores se atrinchera en ese argumento y dice: «Hablan ustedes de que el Senado es una Cámara enteramente inútil. ¿Qué me dicen ustedes, entonces, del Senado francés, del Senado de Italia?»

Toda, toda la argumentación *pro Senado* no pasa de ahí. Y ahí, precisamente ahí, es donde yo quiero parar.

Noches atrás escribí el *Heraldo* una catilinaria contra los senadores. Por aquella *casa de los muertos*, ya que no el trágico espíritu de Dostoiusky, vaga el franco humorismo de Mark Twain. Allí, más que en parte ninguna, es verdad la sutil observación del escritor yanqui: «*Nada hay más ridículo que un joven protestando a no ser un viejo optimista*». Y tras cansadas parodias de sesión, después de lentas simulaciones de debate, al fin del esquelito de un discurso, sobre todas las calvas abatidas pasaba un aire de constipado. El senador tal, que ayer, gallardamente, anunció consumir un turno, está hoy, entre sábanas, oyendo angustiosamente al médico. ¿Qué es eso de consumir turnos, si todo para en consumir jarabes y pastillas? Y la graciosa frase de Mark Twain, como el *Nosce te ipsum* en Delfos, aparece escrita en el frontispicio del Senado.

¿Queréis comparar a este Senado muerto con el francés? ¡Nunca! Desde M. Fallières, su presidente, al más carcamal de sus individuos, en la alta Cámara francesa hay todos los días hombres útiles. Allí, cuando en la Cámara de Diputados donde Combes la dinamita de un proyecto, el Senado francés explota en vida. El millón de los Cartujos, la expulsión de las Congregaciones, este mismo *affaire* de la declaración en el Ejército, cuanto a los diputados agita, enardece por igual a los senadores. Aquí, las tempestades del Congreso llegan aplacadas al Senado. Cuando truenan en la Cámara popular, en el palacio de Doña María de Molina resplandece brillante el arco iris.

¿Vais a comparar al Senado nuestro con el de Italia? ¡Jamás! La piadosa bondad de Azcárraga no se alteró nunca por una inquietud de pensamiento, en tanto que el severo Marcora tiene enfurecidos de rabia los senadores. Los tribunales, desiertos. Se aprobó el acta del día anterior. Tal y cual fueron ruegos sin interés; se votan varios dictámenes de la orden del día, y a las tres y media se levanta la sesión.»

En cuanto a lo que allí sucede, comparado con lo que no sucede aquí, da grima. El día mismo en que Maura alteró el reposo de nuestros senadores con su rabulosa oración en defensa de la ley contra el anarquismo, el Senado de Italia oyó el himno más liberal y humano de Giolitti. Aquí, la insolente fortuna de un curial proclamó el absurdo legal más grande: el de la *inducción indirecta*, en virtud de la cual basta con que uno cite a Bakounine ó a Malato para que lo metan en la cárcel por anarquista (¡) Allí, en el Senado de Italia, contestando a la acusación de improvisador, atentador de huelgas y que se oyó cuántas historias salidas de un caldero capitalista, *Foraville* Giolitti respondió con estas palabras:

«Una sola cosa hay que hacer en Italia: sostener a la Monarquía, no fusilando a las multitudes, sino atrayéndolas.»

Yo también pienso que la República sería la ruina del país. Pero cuando oigo que se lamentan los patronos de una huelga donde se pide *aumento de unos céntimos*, yo digo que estos propietarios son enemigos de la Monarquía italiana.»

Esto, lector, es lo que se oye en el Senado de Víctor Manuel. En nuestro asmatónico Senado inútil, la voz de Maura entona el *Dies ire* a la libertad; y mientras allí el garibaldino Marcora se atusa sus patillas largas, nostálgico de revolución, aquí, el devoto Azcárraga, cruza perfectamente sus manos, entre piadoso y digestivo, como el fraile de Tirso de Molina...

Ortíz de Castro.

CRISIS TOTAL
HOMBRE AL AGUA

Estamos otra vez en crisis. Hace diez días, el Sr. Maura sorprendió a la gente con la salida de Sánchez Guerra y su reemplazo por el marqués de Figueroa. Hoy no puede decirse que la ha sorprendido. El Gabinete entero ha presentado sus dimisiones, con aplauso del país. Pero hace días que se viene barrantando. De los escombros de ese Gobierno salían hedores que delataban cadáveres insepultos. Quizás ha llegado la hora de enterrarlos.

Pero esta crisis no lo es de un ministro ni de un proyecto. Es la crisis de un hombre, del hombre clerical, esperanza de los reaccionarios, que ha llegado a simbolizar en breve espacio un período de reacción: es la crisis del Sr. Maura. Cuando el Sr. Maura haya llegado hoy a Palacio a presentar su dimisión, habrá confesado humildemente; y si no la ha confesado, sus actos más elocuentes lo habrán referido ante el Poder, que, por estar más alto, con más claridad lo ve.

A esta hora puede hacerse el resumen de su existencia presidencial. Vino al Poder a título de regenerador y de hombre de acción. Iba a empujar las clases neutras hacia la vida pública, a sanear el ambiente político y transformar la estructura de los servicios. Esos tres capítulos entrañaban la revolución de arriba, que él pidió para contener la revolución desde abajo.

¿Qué ha hecho? La política de Maura ha traído a la acción elementos que se hallaban alejados de ella; es verdad. Pero no las clases neutras, honradas y fecundas, nervio de la nación, callados trabajadores de un renacer suspirado, sino las gentes consumidas por sus secretos recelos, hechuras conventuales, reaccionarios, enemigos del espíritu nuevo, facciosos vergonzantes que trasladan el carlismo de los montes a las ciudades y lo infiltran en la autoridad, en las funciones burocráticas, en el alma misma del Estado, acelerando en la zozobra la triste decrepitud que éste sufre.

Así, hemos visto en un año cercar la vida española, y asaltarla y someterla todo un torrente de vergonzosas pasiones, que parecían para siempre desterradas de la claridad del sol a las guardias ocultas. Todos los egoísmos de los sometidos, todas las soberbias de los sometidos, en la revolución, todas las concupiscencias, se han repartido en despojos los provechosos y la fuerza, extendiéndose por sus cabezas las parricidas tentaciones, gritando: «¡Muera España!»

Y del fondo de ese remolino tumultuoso de malas pasiones, agitadas, revueltas, enardecidas por la mano de ese hombre, se ha desprendido un denso vapor; son emanaciones de Careabuey, de Valladolid; hedores de la fermentación de tantas podredumbres ocultas farisáicamente y traídas a la superficie por el azar. Y con ellos se juntan todos los insubribles olores de las miserias intestinas de ese conglomerado político que ha disuelto el partido conservador; las querrelas y maquinaciones de los Romero y los Dato, y los Maura y los Villaverde; Sánchez de Toca que acusa a Villaverde; Romero que acusa a Dato; Maura que desautoriza a Romero; Dato que maniobra contra Maura. Y tras ellos la cohorte menuda en discusiones y disputas de huesos, contiendas mezquinas por su espíritu, ridículas por su cuerpo, que embarazan toda obra nacional y llegan al Parlamento con estruendo de escándalo: la sesión permanente, el pleito de Córdoba; los tumultos de Valencia, y más lejos, las peregrinaciones de Begoña; las cien borrascas dolorosas que han rodado sobre escaños y pupitres, cantando el himno del fracaso con estrepitoso fragor.

De todo eso es responsable Maura: procaz, desafiador, espíritu pequeño que envuelve lo menguado de su ser con opulencias de la púrpura retórica, ha irritado de los ánimos, ha llevado la política por vericuetos personales, encallando en los escollos de su propia soberbia, queriendo medir la nación por su persona, los hombres por su mano. Reencarnación de los validos destinados y orgollosos que condujeron al país a todos los desastres y a terribles desmembraciones, nos ha empujado y humillado, entregando hasta la libertad de la nación a poderes extraños. Y al propio tiempo, hombre que aspiraba a mostrarse grande, aunque puestos los ojos en el ideal, no ha desatendido el reparto entre sus deudos de los pingües destinos, aunque escondan copiosos frutos bajo la capa humilde de recaudadores de la contribución.

Todo eso tiene que agradecer el país al Sr. Maura. Fue censor duro, implacable, durante años, de los gobernantes. Aún vibran sus inclementes palabras contra el Sr. Sagasta. Y de aquel recordamos las crisis del Sr. Urzáiz, del Sr. Canalejas, originadas por proyectos fundamentales, por principios, por generosas discrepancias, que nacían del celo mismo por los intereses públicos; y de éste, del Sr. Maura, podemos contar la crisis del Sr. Sánchez Guerra, crisis de la moralidad, y la crisis de ahora, surgida en la generación de un nombramiento.

El grande, el magno, no descubre sino móviles chicos; le mueven causas menudas, pormenores, inelencables. En ellas compromete su amor propio, que es el alma de su alma. Los empeños grandes siempre han sido abandonados por él; la administración local, la reforma electoral, la reconstitución de la Marina, el plan orgánico de los presupuestos: todo eso lo abandona; ahí está durmiendo, esperando que lo despierte quien de veras lo ama. El Sr. Maura entrega su corazón en el nombramiento de Nozaleda, en el suplicatorio de Lerroux, en los desatinos del general Ferrándiz. Eso es lo que le

llega al alma; eso y el sometimiento de la nación a Roma, que es someterla a los poderes clericales, a las maquinaciones de los conventos.

Todo se ha juntado, y ese hombre está en crisis. Un año ha tenido de plazo para justificar sus menoscabos. Podrá volver a instalarse en la Presidencia, de donde le arroja la realidad, siempre escarnecida por él... Pero el pueblo le ha juzgado; quizá en otra parte le han juzgado también. Y si bajo su presidencia se constituye un nuevo Gabinete, habrá en el Poder, no gobernantes, sino despojos de gobernantes, sin autoridad moral. España, al verlos reinstalarse, acogerá sus juramentos con una carcajada. Maura, otra vez en el Gobierno, representará una fórmula constitucional, pero nunca lo que tiene derecho a pedir y esperar ante el fracaso de aquél: el voto de la nación.

LA PRIMERA NOTICIA

Anoche, en hora inusitada para las costumbres ministeriales, se reunieron los ministros en casa del presidente.

Los periodistas trataron de indagar los motivos y los resultados de la reunión; pero los ministros negaron todo carácter oficial a la agradable tertulia que los consejeros habían formado en la casa de su presidente.

Esta mañana el revuelo era grande. ¿Se conocía ya la crisis? No; se barrantaba. Los cambios políticos tienen un olor especial que los denuncia a distancia. Las conjeturas mendacearon, hubo cabildos ó intranquilidades.

A las diez había en la presidencia cinco coches de ministros. Después llegaba el general Lináres, en busca del Sr. Maura. Sabíase que hoy despatchaba el ministro de la Guerra con el rey y que llevaba a la firma decretos importantes. Había dicho que, entre ellos, figuraba el del nombramiento de jefes del Estado Mayor Central.

Cuando el general Lináres llegó a la Presidencia volvía de Palacio. Entonces cundió el rumor de que el rey se había negado a firmar dicho nombramiento. La consecuencia era la crisis. Maura que había salido de la Presidencia, sabiendo ya la repulsa real marchó a Palacio.

A esa hora se apartó por los Corredores políticos el convencimiento de que el Gobierno estaba en crisis total.

Notas concretas

El nombramiento propuesto por el general Lináres era a favor del general Loño. El rey tenía su candidato: el general Polavieja; se ha hablado de otros generales, Villar, entre ellos, pero inexactamente.

Parece que el Sr. Maura se avenía a que fuese nombrado un tercero, para que ni el general Loño ni el general Polavieja, ni el general mortificados. Pero el rey ha sostenido el momento el nombre del general Polavieja.

Esta es la causa verdadera de la crisis. El presidente dará tal vez como pretexto el lenguaje empleado en el Parlamento y la falta de apoyo que en las minorías encontró para aproriar. Pero eso será, si acaso, el disfraz de la crisis.

Hablando con los periodistas

Era la una de la tarde cuando el Sr. Alandés recibía hoy en su despacho de Gobernación a los periodistas.

El ministro (ya ministro, por lo visto) les habló de la reunión celebrada en casa del Sr. Maura, de que no tuvo importancia, de que se trató en ella de los debates parlamentarios y de otra porción de cosas llanas y corrientes, pero que en nada hacían presumir que la crisis estuviese planteada. Se ha repetido el caso que se dio cuando la salida del Sr. Sánchez Guerra, y el Gobierno se ha despedido de su vida ministerial como correspondía que lo hiciese... ¡gen brona!

Los vendedores y la crisis

En las primeras horas de esta tarde se presentó una embajada de vendedores de periódicos en nuestra redacción, y allí se alzó el diálogo sostenido entre el que capitaneaba las huestes y uno de nuestros redactores.

—¿Se puede pasar?

—Adelante, ¡sin cumplidos.

—Diga usted, ¿van ustedes a dar número extraordinario con esto de la crisis?

—Hombre, no puedo contra, en este momento, porque no está el director y no puedo yo disponer nada.

—Pues bien podía usted decir que hagan un extraordinario, porque la gente...

—¿Qué?

—Que está deseando, entre tantas miserias como le cuentan todos los días, que le den buenas noticias.

—Bien, pues no puedo asegurarlo...

—Con que ha caído Maura y no va a haber extraordinario; ¿usted cree que va a encontrarse un notición que lo reciba más gusto el pueblo?

—Hablaremos dentro de un rato, y si es posible materialmente, habrá extraordinario, porque también aquí queremos dar pronto las noticias.

—Si, hombre. Pues poquito a gusto que se van a gastar los perros chicos para comprar los periódicos. Esta noche hay *quisco*. ¿Qué ganas tenemos de que se acabara el *pluma*. Auténtico y exacto.

La frase de Soriano

Almorzaba el batallador diputado radical con nuestro director en el Casino de Madrid, cuando llegó la noticia de la crisis.

—Está bien—dijo Soriano—, pensaba cagar gato, y me encuentro con que le he pegado un tiro en los sesos al tigre. No es mala expedición.

Los ministros dimisionarios. De las Cámaras se trasladaron los ministros dimisionarios a sus despachos a dar los últimos retoques a su testamento político y a ordenar la recogida acelerada de papeles, cuando acabaron las sesiones de Cortes.

Alguno de ellos llegó, en su previsión, hasta avisar que el carro que había de transportar el archivo de la secretaría particular estuviese dispuesto a acudir al primer aviso.

Otros ministros, hallándose en su casa, se negaron en redondo a recibir a nadie.

Los reporteros que se apresuraron a visitarlos para conocer detalles íntimos de la crisis en cuanto fuera posible saber, vieron desfrutados en su deseo y esperanzas.

El general Ferrándiz

Por su voluntad, el general Ferrándiz, que tanto había aguantado por conservar la cartera de Marina, había dejado de ser ministro el sábado anterior.

En un momento de ingenuidad así hubo de manifestarlo al diputado más significativo de

la minoría carlista y a algún que otro jefe de su departamento, con quien tenía mayor confianza.

Ferrándiz no se recató para consignar terminantemente que, desautorizado por los marinos ante las Cortes y relegado al olvido el proyecto de reorganización de servicios de la Marina, se vio ya en la necesidad de no escuchar los ruegos del Sr. Maura, que reabrió nuevo portillo en el Gabinete, y presentar su dimisión con carácter de irrevocable.

Dada la insistencia en su propósito del entonces ministro de Marina, el Sr. Maura subió al general Ferrándiz que esperase unos días hasta que llegara el momento que el creía oportuno para reorganizar el Gobierno, que era precisamente a las puertas de la Navidad.

Mas el presidente del Consejo se ha visto precisado a anticipar los acontecimientos. ¿Por qué?

La mañana en Palacio

Los hechos de hoy fueron los siguientes: De nuevo y media a diez de la mañana se dirigieron a Palacio para despachar con el rey, como miércoles, los ministros de la Guerra y de Marina.

Llegó el primero al regío Alcázar el general Linares.

El primer decreto, el más importante que presentó a la aprobación regia, fue el nombramiento de jefe del Estado Mayor Central a favor del general Loño.

S. M. no tuvo a bien poner al pie de dicho decreto su firma, aunque sí en otros de escaso interés general.

Desautorizado el ministro, que se había empeñado en obtener tal *regium acquiescent* en pro de persona que para tal cargo no podía ser impuesto, salió de Palacio con el alfiler de la mañana, en su carruaje, se encaminó directamente a casa del Sr. Maura, no sin pasar antes por la Presidencia, previendo la contingencia de que pudiese estar en su despacho el jefe del Gobierno.

Este recibió luego la visita del ministro de Marina.

Cuando, a la hora de costumbre, marchó el Sr. Maura al regío Alcázar, llevó consigo y entregó al rey las dimensiones de todo el Gobierno.

El rey las aceptó en el acto después de conocer los motivos oficiales en que, para plantear la cuestión de confianza, se fundaba el Gobierno. S. M. autorizó al ministro a que se proponía consultar esta misma tarde a los presidentes de las Cámaras, y que, si lo consideraba necesario, haría extensivas estas consultas a los jefes y prohombres de las oposiciones y de la situación.

De vuelta a su domicilio, el Sr. Maura telefonó a la subsecretaría de la Presidencia para que inmediatamente se extendieran las correspondientes comunicaciones del Gobierno al Senado y al Congreso dando cuenta de que el Gabinete se había declarado en crisis, y, por ende, ésta había sido total.

El motivo de la crisis

No ha sido uno sólo, pese a la declaración ministerial.

Los íntimos del Sr. Maura, los diputados ministeriales, afirmaron esta tarde, apenas se hizo pública la nueva, que el motivo de la crisis no ha sido otro que la desaprobación de la propuesta hecha por el ministro de la Guerra para proveer el alto cargo de jefe del Estado Mayor Central del Ejército.

«Ha sido éste el motivo, como ministros y adictos dicen, y el pretexto para que el señor Maura el banco azul, como se cree».

Hasta ayer, en el momento de comenzar la sesión del Congreso, no parece tuviera resuelto el Sr. Maura marcharse.

La impresión que de la sesión sacara el presidente del Consejo, lo determinó a citar para la noche en su casa a los ministros.

Tan secreta fue la reunión, que la reunión apenas fue conocida más que de *El Imparcial*, que resalta el hecho esta mañana, no sin dudar de si hubo o no formalmente Consejo.

«Lo que es cierto—dice—lo que hemos averiguado, lo que hemos podido comprobar, es que anoche, a eso de las diez, acudieron todos los ministros a la casa del presidente del Consejo. Fueron unos en los coches galoneados, otros en los autos, otros a pie, como punto. El general Ferrándiz, que había usado de su carruaje oficial para conducir a su distinguida familia al teatro Real, tuvo que ir a casa del presidente en alquiler modestísimo. Ya que no pudo montar un acorazado de dos caballos, se hizo conducir por un cañonero de los que se proyecta de fuerza de un caballo, con plomo reducido a las diez de la noche, o poco más tarde, llegaban los ministros a casa del presidente y allí permanecieron hasta después de las once y media».

Fués, según nuestros informes, un verdadero y transcendental Consejo, y duró hasta cerca de las doce. El misterio de tal reunión se mantuvo hasta el fin, no facilitando los ministros ninguna Nota oficiosa de sus acuerdos.

Pero, atando cabos y esclareciendo conjuras verosímiles, no sería difícil ni aventurado asegurar que el objeto principal, único, mejor dicho, de este Consejo, no fue más que examinar la gravedad de la situación política, agobiada por la solución de la última crisis, é insoportable después de los últimos días parlamentarios.

Esta consideración y la inminencia de nuevas dificultades, que se columbraban en el debate anunciado sobre los duenos, en la también esperada y espinosa discusión sobre los presupuestos y en la falta de todo criterio en el Gobierno para afrontar y resolver el espantoso problema de las subsistencias, hicieron pensar a los consejeros en buscar un pretexto para disminuir las carteras lo menos bochornosamente posible, según su leal saber y entender.

Y así, al acogerse a la firma de un nombramiento que anticipadamente se sabía que había de ser rechazado, el Sr. Maura y sus ministros no hicieron otra cosa que buscar una fácil y pronta salida.

De no ser así, el presidente del Consejo, tratándose de un asunto puramente técnico, y en el caso de que no hubiera, como ha habido, otras causas de la crisis más graves y más eficaces, no tenía para qué hacer causa común con el ministro de la Guerra, ni en la desautorización de éste, encadenarse y arrastrar consigo a todos sus demás compañeros de Gabinete.

Si la verdad oficial, lo que a S. M. ha sido por el Sr. Maura, expuesto es lo que los ministros han dicho, el Sr. Maura se ha incapacitado ahora de veras para volver a encargarse de formar Gobierno.

Consejo de dimisionarios

Desde las dos de la tarde hasta las cinco y media han estado reunidos, en el domicilio del Sr. Maura, los ministros dimisionarios.

Esta extraña reunión se ha comentado mucho entre la gente política, sin que nadie se explique este cambio de impresiones, habida cuenta de que la crisis, como es lógico, se planteara seriamente, y no por puro efecto teatral.

Al terminar el Consejo, los ministros salieron de la residencia del Sr. Maura apresuradamente, y poco dispuestos a facilitar noticias de ningún género.

No podemos decir ni media palabra—manifestó el general Linares. Y se introdujo en el coche.

Sin embargo, los periodistas acosaron a alguno de los consejeros, y obtuvieron de él la declaración de que habían sido citados por el Sr. Maura para explicarles el planteamiento de la crisis, y que, aunque el jefe del Gobierno había ya puesto en manos de S. M. la dimisión del Gabinete, en el Consejo se habían ratificado las dimisiones de todos los ministros.

—¿Y la causa de la crisis es realmente la que se ha dicho?—interrogó un *reporter*.

—Sí—contestó el ministro que hablaba—la crisis ha sido motivada por algo referente a cuestiones militares; pero sin que pueda mezclarse en ello ningún nombre propio.

Efecto en las Salas

Tenía que ser. En las Salas no se hablaba de otra cosa que de la crisis.

«Han observado ustedes—advertía un conspicuo—cómo todos los magistrados presentan esta tarde cara risueña».—Hasta D. X., de natural grave, cual cuadra a un juez, se sonríe.

—Naturalismo. ¿No comprende usted que esa crisis les venga de la comedia de Toca, el que les ha dicho todas aquellas lindas cosas que se contenían en el discurso de la última apertura de Tribunales?

—Además, «muerto el perro, se acabó la rabia». Lo cual quiere decir que, desaparecido Joaquín, con él se irán las maldadadas reformas judiciales.

Sin olvidar que huye el peligro de viajes y molestias que hasta ahora sorprendían a los señores de vuellitos todos los lunes.

Resumiendo: En el templo de la Justicia ha caído bien la caída de Maura y consorts.

EN LAS CÁMARAS

Palabras, palabras...

Ante un coro de diputados y periodistas, el Sr. Salmerón peroró energicamente dando a sus párrafos el fiero impulso, la rotundidad del apoteagma dogmatizado por altas revelaciones. Esta es—exclama—una crisis del régimen, y nosotros, que no somos manada de borregos, haremos que se discuta ampliamente; queremos que salgan a luz todos los misterios que la rodean, que sepa el país. Y el orador sigue hablando de grandes cosas, de la Constitución, de la soberanía nacional, del imperativo de la razón.

—(Sr. Soriano! Querido Rodrigo! Son los que dicen esto diputados de la mayoría que felicitan al Sr. Soriano, y éste, dominando el grupo, con un leve gesto de desdén, exclama:—

La crisis la han hecho los Nozalados; de ellos es la victoria y la derrota que esta crisis supone... —Pero Maura... —Maura... ¡bah! Es una fantasía que pasa.

Son las cinco de la tarde y los pasillos siguen atestados; van y vienen, diputados y periodistas hablando, discutiendo, riendo, profetizando; un run-run mareador brota de todas partes.

Romero no lo supo hasta última hora—dice un ministerial—Maura le había citado para esta mañana, y media hora antes de la cita le escribió una carta, que sobre poco más o menos, dice: «No me es posible acudir; a la tarde nos veremos... ¡si puede ser!».

Romero lo sabía. —No. —Sí. —Va a Palacio a las seis; la primera noticia que tuvo de todo esto fue un recado del duque de Sotomayor transmitiéndole un ruego del rey para que fuera a Palacio, sin añadirle palabra.

Avanza la tarde; la oscuridad inunda suavemente el salón de conferencias; enciéndense las luces, sigue la charla inacabable, run-runiente... Un vago cansancio flota en el ambiente y se va apoderando de las personas.

Los senadores y la crisis

Escaso número de senadores se encuentran en la alta Cámara cuando a ella llegó la comunicación de la Presidencia del Consejo dando cuenta de la crisis.

A poco de recibir la comunicación entraba en el Senado el Sr. Azcárraga.

Este, como todos los senadores que allí se hallaban, fué sorprendido por la noticia que expresaba el oficio del Sr. Maura.

Gran revuelo se produjo entre todos ellos, y los calbidos comenzaron, apuntando distintas orientaciones.

Conservadores y demócratas formaban corrillos en la sala de conferencias comentando la crisis.

Para todos era inesperada. Algunos ministeriales aseguraban que varios ministros desconocían a la una y media de la tarde la resolución de la crisis.

La explicación de la crisis no era puntualizada por ninguno. Los que afirmaban creer conocer el motivo de ella, decían que la crisis fué resolución del medio día, adoptada después de estar a despachar en Palacio, como día de firma, el ministro de la Guerra.

Los que así se expresaban hacían coincidir la causa ocasional de la crisis con la provisión del cargo de jefe del Estado Mayor Central, cuyo decreto de nombramiento, en el que se proponía al general Loño, llevó esta mañana a la firma de S. M. el general Linares.

En concepto de los defensores de tal opinión, habiendo sido aprobado este nombramiento en Consejo de Ministros, es solución natural la dada por el Sr. Maura al conflicto creado por altas indicaciones contrarias al acuerdo.

Unos senadores aceptaban este motivo, y otros, dudando de que el origen de la crisis fuera ese, se extendían en consideraciones opuestas relacionándolo con la necesidad de reforzar, al actual Gabinete que se sentía a consecuencia del actual conflicto parlamentario.

El general Azcárraga, como antes decíamos, ignoraba, hasta leer la comunicación mencionada, que el Sr. Maura hubiera por sí planteado la crisis. Desconocía, según nos manifestó, pues a interrogarle acudió en los primeros momentos uno de nuestros redactores que se encontraba en el Senado, el motivo de ella.

Amablemente nos dijo que había sido avisado de Palacio para que fuera a él a las cinco y media, hora en que sería consultado por S. M. el rey.

El presidente del Senado, con el fin de entararse del origen de la crisis y poder formar una opinión que le sirviera de base para su acuerdo a la anunciada consulta de S. M., a las cuatro y minutos abandonó la Cámara, después de celebrada la sesión en que se decidieron las sucesivas suspensiones hasta nuevo aviso, y se dirigió al domicilio del Sr. Maura.

De casa del presidente marchará a Palacio.

Notificación oficial

La comunicación de la Presidencia del Consejo, leída en ambas Cámaras, dice así: «Habiendo presentado su dimisión el Gobierno que tengo la honra de presidir, lo pongo en conocimiento de V. E., a fin de que se sirva dar cuenta a ese Cuerpo Colegiado, por si tiene a bien suspender sus sesiones, interin S. M. en uso de su regia prerrogativa, designa nuevo Ministerio. Dios, etc.».

Cogido al vuelo

(Diálogo de dos golfillos comentando la crisis): —Oye, tú, se acaba de caer Maura. —¿Mira que eres *tyndat*, hombre! ¡Si se ha caído del banco azul, y éste tenía muy poca altura!

—También se habrán caído sus compañeros. —Toma, ¡pues ya lo creo! Como que, según he oído a un *reporter*, Sánchez-Toca se ha roto las narices en la caída.

—¿Por qué se ha caído Maura del banco azul? —Pues, porque le serró las patas el carpintero Rodrigo. —Oye, ahora ya podremos recoger las cojillas en los cafés durante la madrugada, porque se irá San Luis. —Y todos los santos de la Corte celestial y maurista.

—¡Reconcho! ¿Qué dirán hoy los ángeles que ayer mentó un marqués? —Que ¡magras!

Balance de una situación

Vida más estéril que la del Ministerio muerto no se conoce.

Durante el tiempo que el Sr. Maura ha ocupado el Poder—un año y nueve días justos—no se ha hecho nada práctico; el presidente del Consejo de ministros se ha limitado sólo a hablar, a distraer al país con su palabrería vana de orador pretencioso.

Ni una sola ley de verdadera importancia han votado durante ese tiempo las Cortes; ni una sola iniciativa beneficiosa para el país han tenido los compañeros del Sr. Maura.

La ley del descanso dominical—esa pobre ley que no ha producido más que trastornos al comercio y disgustos a los ciudadanos—se la encontró hecha el Sr. Sánchez Guerra cuando llegó al ministerio.

Ni aun siquiera el Gobierno del Sr. Maura ha hecho una presupuesto, pues los que rigen actualmente, con ligeras reformas, son los mismos del Sr. Besada.

El Gobierno, y con él el país, han vivido más de un año la vida estéril de la impotencia.

Durante el tiempo que ha ocupado el señor Maura el Poder no ha hecho más que una crisis, la de hacer pasar a Maura por la sombra negra de Sánchez Guerra.

Ministro estupefacto

El señor marqués de Figueroa no almorzó esta mañana en su casa, y no pudo, por lo tanto, recibir la citación del Sr. Maura participándole la noticia de la crisis. A las tres de la tarde llegó el ministro de Agricultura al Congreso, y en el acto se vió rodeado de periodistas y diputados.

—¿Qué hay?—fué la pregunta general. —¿De qué? —De la crisis. —¿De qué crisis?—exclamó estupefacto, y convencido de la verdad se fué, pensando tal vez en los versos del romántico inmortal: «Cuando me lo dijeron sentí el frío—de una hoja de acero en las entrañas».

¿A qué irá?

Cuando el Gobierno dimisionario estaba reunido en Consejo, fué llamado al oficial mayor de la Presidencia, que acudió inmediatamente.

Se ignoran las causas a que obedeciera este llamamiento.

Juicios y comentarios

Habla Nocedal

El Sr. Nocedal dice a un grupo de periodistas que le impiden el paso en el pasillo central: «Siempre la Prensa opinándose a todo! So lo rodea, se le estrecha, y todos quedan pendientes de sus labios».

—¿Es verdad que yo estuve confiriendo ayer tarde a última hora con el señor Maura; pero también es muy cierto que no me dijo palabra que me hiciera presumir lo que ha ocurrido; es más, yo me arresto a afirmar que el Sr. Maura no había pensado un solo momento en la crisis».

—¿Preguntó si yo iba a usar hoy de la palabra y cuál era mi opinión respecto al gobernador de Valencia. No tengo aún opinión formada; pero por lo que mis amigos me dicen, el Sr. Soler y Casajunana, tal vez por desconocer a Valencia y a los valencianos, ha pecado».

—¿Venía?—interrumpió el presidente del Consejo. —Mortal! Mortal! —Pues entonces—prosiguió el Sr. Maura—no me ponga usted mañana con su discurso en el tranche de d. defender al gobernador, o declarar que se le ha dimitido. ¿Lo promete usted?

—Por mi parte... —Un pañuelo? ¿Y el Sr. Maura se alejó riendo, satisfecho. —Yo creo—prosigue el Sr. Nocedal—que la crisis ha pasado por más alto de las trincheras parlamentarias; ha sido una bomba que ha caído esta mañana, a las once, junto al señor Maura... El general Linares es un hombre muy desgraciado.

—¿Yo he visto a Canalejas, y le he recordado mi buena amistad hacia él; he visto a Dato, y le di la enhorabuena; saludé a Romanones, y empleé la más amable de las sonrisas... ¡Si de esta hecha no voy al Poder!...

El Sr. Junoy echa un brazo por el hombro al Sr. Nocedal, y ambos se alejan por el pasillo, departiendo amigablemente. Los extremos se tocan, sabido es.

El Sr. Moret

Hay que mirar las circunstancias con serena atención. No es momento de discutir, combatir ni de empujar a nadie para que caiga cuanto tenga que caer antes y por tierra. El Sr. Maura llega a esta crisis tan quebrado, tan roto, y saldrá, inexcusablemente, de ella tan maltrecho, que ante el país está inhabilitado para formar una nueva situación.

La caída de Maura resquebraja a todo el partido conservador. De la mayoría no puede salir un Gobierno estable; ninguno de sus prohombres está en condiciones de afrontar grandes obras.

Y sin embargo, ni la cuestión de orden público ni el problema económico admiten espera. Por esto, lo único admisible, antes de hacer un cambio completo de política, es un Gabinete interino con el solo fin de aprobar los presupuestos y preparar la llegada de los liberales.

De cualquier suerte, es preciso que todos contribuyan a que de todos estos contratiempos políticos resulte la solución que más convenga a los intereses de la patria.

Los liberales pondrán todo su esfuerzo en cooperar a cuanto consideren patriótico. Por mi parte, hace tiempo que he alejado de mi espíritu cuanto pueda ser móvil egoísta.

En ninguna de mis últimas campañas hay nada que se acerque a desechos de Poder; nada que, hay mucho propósito de merecerlo y de contribuir a la resolución de los problemas nacionales. Estos son los que no deben ser desatendidos ni aplazados, cualquiera que sea el curso de la crisis. Y me vanaglorio de haber demostrado que los liberales han estado en esta época los asuntos públicos tan a fondo, que dirigirllos no sería para ellos una improvisación.

Canalejas

Para nosotros—dice el ex ministro demócrata—esta crisis tiene dos innatas ventajas: una, la de que el Convenio con el Vaticano se irá fondo, a no ser que algunos liberales; «¡Dios los perdone!» se empeñen en aprobarlo; otra, la de que el proyecto de administración local se aborazará también y podremos tener Ayuntamientos y Diputaciones con algún matiz liberal.

La solución Azcárraga-Villaverde sería un excelente funambulismo; equivaldría a empujar a los liberales por el éxodo de un modo terrible. No es admisible, no tiene fundamento lógico alguno, el pensar que vengan Azcárraga y Villaverde con el solo fin de que el presupuesto tenga vida legal ahora.

Tampoco hay que dar fe al rumor de que la crisis se haya producido por los decretos de Linares; algo, y aun algo, debe de haber en relación con las campañas del Sr. Soriano, el cual ha poco hizo una crisis parcial, y ahora acaba de tumbar a todo el Gobierno.

El conde de Romanones

Yo creo que esta crisis, por las circunstancias que la han preparado y por la acompañan, es de excepcional importancia. Es la primera—la única—crisis total que el Sr. Maura plantea: de su actividad en el curso de ella es aventurado pronosticar nada; creencia de fundamento. Porque en las crisis totales es cuando los hombres políticos revelan mejor su modo de ser.

los móviles y sus deseos, y en este punto Maura es una incógnita.

Lo que sí puedo afirmar es que en la iniciación de la crisis hay una grave culpa del Sr. Maura, por falta de oportunidad. El deber de un presidente del Consejo es cubrir en todo instante la responsabilidad del rey, no ya la constitucional, que esa queda cubierta con el refrendo, sino la responsabilidad de naturaleza moral que aparece difundida más tarde por la opinión pública. El señor Sagasta, en ocasión semejante a la actual, hubiera producido la crisis por algo que le fuera imputable exclusivamente. El Sr. Maura prefiere poner el origen de la crisis en una iniciativa propia y dejar al descubierto la Monarquía.

Y, sin embargo, esto no es el resorte principal de la crisis. Maura es por su fracaso personal y por hostilidad del país, hostilidad recogida en un momento por el rey, sin que, ciertamente, haya pecado éste por precipitación. El país es el que le derriba, porque apetece un cambio de política en sentido inmediato. Yo no afirmaré que sea inmediato, pero sí que se irá esperando. Los liberales llegarán al Poder sin que el Convenio con Roma esté aprobado. Y entonces ocurrirá, en condiciones de hacer desde el Gobierno obra profundamente democrática; porque para no hacerla, no vale la pena de cambiar.

Salmerón

El jefe de los republicanos decía en un correo, a voz en cuello: «Esta es una crisis del régimen. Venga quien viniere, lo que con esta crisis se derumba no es Maura, ni sus vanidades, ni sus clericalismos. Es este régimen corrompido, etcétera».

Y el Sr. Salmerón volcó sobre el correo desahogado uno de sus diluvios oratorios.

Sánchez Guerra

El ex ministro de la Gobernación pasó a pie por la puerta de la casa del Sr. Maura, y fué interrogado por los periodistas que allí esperaban.

A decir verdad, la cara del Sr. Sánchez Guerra, al hacer comentarios sobre la crisis, más expresaba satisfacción que disgusto.

El lugarteniente del Sr. Maura dió a entender en sus manifestaciones con palabras bien transparentes, que el motivo de la crisis no había sido otro que dificultades surgidas en un nombramiento militar.

Creo que el Sr. Sánchez Guerra que el cambio de Gobierno no implicará variación ninguna de política, y que seguirá en el Poder los conservadores.

Bromas de Don Ramón

Al correo donde el Sr. Canalejas hablaba, llegó el Sr. Nocedal, diciendo: —¿Qué has llamado a tus amigos? —Un no—dijo el Sr. Canalejas.—Y añadió, entre sonrisas:—Nocedal, déme usted un *bombo* en *El Siglo Futuro*.

—¿Y si me equivoco después?—repuso don Ramón. —¿Cál deme usted un *bombo* y se lo reproduciré en el *Haralco* con letras de a vara.

Por el Sr. Nocedal, la crisis tiene este aspecto humorístico. Es la alianza de Maura y Rodrigo Soriano, para reventar a Blasco Ibañez.

Conjeturas é impresiones

Las haba para todos los gustos en los Centros que los políticos se congregan.

Entrevistas preliminares, rumores, la creencia de que, descartando por ahora la solución liberal, sólo quedaban dos posibles en el horizonte: ó el Sr. Villaverde ó el general Azcárraga.

Cualquiera de estas dos soluciones que resulte será para tener cerradas las Cortes hasta Mayo, en que el nuevo Gobierno presente sus presupuestos, y vuelva a cerrarse hasta el otoño.

Quienes hacían tales pronósticos dudaban mucho que, de triunfar la candidatura Azcárraga, este general tuviese las condiciones necesarias para llevar a cabo las elecciones provinciales y municipales que en el año próximo habrán de verificarse; y, en todo caso, contando desde luego con que se quiera prolongar la situación conservadora hasta pocos días después del proyectado casamiento de S. M. el rey, calculaban que la discusión y aprobación de los presupuestos en el otoño venidero habría de encontrar tantas menos dificultades, cuanto que importa quedase legalizada la situación económica para el momento en que los liberales hayan de suceder en el Poder al Gobierno que se constituye, y que en estos instantes se halla en el telar.

Ministeriales no villaverdistas (porque los villaverdistas han estado mudos al ser preguntados sobre qué solución vislumbraían pudiera darse a esta crisis) se inclinaban a creer había más probabilidades del lado del marqués de Pozo-Rubio para formar Gabinete interino, y por ser precisamente el problema económico los más graves de la política actual, los que no admiten indiferencia ni demora, y los que llenan casi por completo la bandera y significación que, dentro de la situación, ostenta el Sr. Villaverde.

Azcárraga y Romero con Maura

Estando reunidos ya los ministros dimisionarios con el Sr. Maura, presentóse en casa de éste, con el presidente del Consejo, un cuarto de hora, el presidente del Consejo.

Acababa de comunicarse a la Cámara la crisis. Sin decir palabra del objeto de su visita, al hasta entonces jefe del Gobierno, el Sr. Romero Robledo no quebrantó la reserva que ante los periodistas se había impuesto, y sólo dió a entender que, efectivamente, el motivo en que los ministros apoyaban su renuncia era el fracasado nombramiento del general Loño.

También acudió al hotel de la calle de la Lealtad el presidente del Senado.

Proximamente a las cuatro y veinte estuvo el general Azcárraga en el domicilio del señor Maura, y de allí salió a las cinco.

Manifestó el presidente de la alta Cámara que a las cinco y media iría a Palacio; que en aquel momento se encaminaba a su domicilio, y que creía que no sería hoy llamado por el rey el presidente dimisionario del Consejo para comunicarle el resultado de las consultas que hasta la noche habrían de hacerse.

LAS CONSULTAS

Después de las cinco y media ha entrado en Palacio el general Azcárraga.

Terminada la consulta con el presidente del Senado, el rey recibió al del Congreso, Sr. Romero Robledo.

Se cree que no habrá más que estas dos consultas, y que esta misma noche ó mañana a la hora del despacho, entrará el rey al señor Maura de la decisión que haya adoptado en vista de las opiniones recibidas.

Los dos presidentes

En su entrevista con el rey, el general Azcárraga se lamentó de que la crisis haya surgido en los actuales momentos en que la estabilidad ministerial es necesaria.

Añadió que había indicado a S. M. que debían hacerse todos los esfuerzos posibles para que continué el presidente dimisionario.

Poco tiempo después bajó de la regia cámara el Sr. Romero Robledo.

Requerido por los periodistas, dijo que ha manifestado a S. M. que en forma alguna debe disolver las actuales Cortes.

En cuanto a otros extremos, hizo iguales manifestaciones que el general Azcárraga; es decir, que el Sr. Maura debe continuar en la presidencia del Consejo de ministros, y a éste fin encargárasele de reconstituir el Ministerio.

Preguntado si hoy se celebrarían algunas otras consultas, contestó que no sabía nada de este particular.

Silvela y el rey

A D. Francisco Silvela no le consultarán esta crisis, y no porque el antiguo jefe conservador esté retirado, sino porque ayer estu-

vo en Palacio y S. M. tiene datos bastantes para conocer el juicio que le merece el presidente dimisionario.

El Sr. Maura a Palacio

A las siete menos cuarto ha llegado el señor Maura a Palacio, y a la hora de cerrar este número está confiriendo con su majestad el rey.

La familia del presidente

A las tres de la tarde pasaba por la Carrera de San Jerónimo y Puerta del Sol un carruaje descubierto, en que iban los hijos del Sr. Maura, que, sin duda, iban a celebrar, dando un paseo por las afueras de Madrid, la dimisión de su padre.

ELIXIR ESTOMACAL

DE SAIZ DE CARLOS

Lo recetan los médicos de todas las naciones; es tónico, digestivo y antiagrálico.

cura el 98 por 100 de los enfermos del estómago e intestinos, aunque sus dolencias sean de más de 30 años de antigüedad y hayan fracasado todos los demás medicamentos. Cura el dolor de estómago, las acedías, aguas de boca, vómitos, la indigestión, las dispepsias, la dilatación del estómago, la flatulencia, el tórax, la neurastenia gástrica, hipercloridria, anemia y clorosis con dispepsia. Cura porque aumenta el apetito, auxilia la acción digestiva, el entorno como más, digiere mejor y hay mayor asimilación y nutrición completa. Cura el mareo del mar. Una comida abundante se digiere sin dificultad con una cucharada de Elixir de Saiz de Carlos, de agradable sabor, inofensivo lo mismo para el enfermo que para el que está sano, pudiéndose tomar a la vez que las aguas minerales medicinales y en sustitución de ellas y de los licorosos de mesa. Es de éxito seguro en las diarreas de los niños en todas sus edades. No sólo cura, sino que obra como preventivo, impidiendo con su uso las enfermedades del tubo digestivo. Once años de éxitos constantes. Exijase en las etiquetas de las botellas la palabra **STOMALIX**, marca de fábrica registrada. **Laboratorio químico-farmacológico: elaboración en gran escala de productos farmacéuticos, químicos y especialidades. Calle de Ferrer del Río, Madrid.** De venta: calle de Serrano, número 30, farmacia, Madrid, y principales de España, Europa y América.

ALTOS HORNOS DE VIZCAYA

(BILBAO)

SOCIEDAD ANÓNIMA
Capital social:
32.750.000 pts.

Fábrica de Hierro, Acero y Hoja de lata, en Baracaldo y Sestao

Lingote al coque, de calidad superior para Bessemer y Martin-Siemens.
Hierros pundelados y homogéneos en todas las formas comerciales.
Aceros Bessemer, Siemens-Martin y Tropenas, en las dimensiones usuales para el comercio y construcciones.
Carriles vigales, pesados y ligeros, para ferrocarriles, minas y otras industrias.
Carriles Phoenix o Broca para tranvías eléctricos.
Viguería para toda clase de construcciones.
Dirigir toda la correspondencia a ALTOS HORNOS DE VIZCAYA. • Bilbao

Chapas gruesas finas.
Construcciones de vigas armadas para puentes y edificios.
Fundición de columnas, calderas para desplatación y otros usos y grandes piezas hasta 20 toneladas.
Fabricación especial de hoja de lata.
Cubos y baños galvanizados.
Lotería para fábricas de conservas.
Envases de hoja de lata para diversas aplicaciones.
Impresión sobre hoja de lata en todos colores.

DIARIO UNIVERSAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	UN MES	TRIMESTRE	SEMIESTRE	UN AÑO
	Ptas.	Ptas.	Ptas.	Ptas.
En Madrid.....	1	3	6	12
Provincias.....	1	3	6	12
Gibraltar.....	1	3	6	12
Portugal.....	1	3	6	12
Unión Postal.....	1	3	6	12
Demás países.....	1	3	6	12

El pago de la suscripción es adelantado. Debe hacerse en metálico, libranza o letra de fácil cobro. La Administración de este periódico no gira a suscriptores ni correos.
Toda suscripción no renovada oportunamente dejará de ser servida sin más que un aviso.
Los suscriptores de provincias que lo sean por un año tienen derecho a ventajas que ningún otro periódico puede ofrecerles.
El DIARIO UNIVERSAL envía números de muestra gratis a cuantas personas los soliciten.

VIVEROS DE CAMPILLO

en Daroca (Aragón). Árboles frutales y de adorno, rosales, etc. (Plan cadastral a su adorno, en Daroca, y Alcalá, 52 2.ª, Madrid)

SANEAMIENTO DE EDIFICIOS

HIJOS DE TOMAS MARTIN
Instalaciones de fontanería e inodoros de todos los sistemas, con sujeción a las últimas disposiciones del Consejo de Sanidad.
Calle de San Gregorio, núms. 37 y 39 tienda

Ahoros Minerales y Productos Químicos
La Sociedad general de Industria y Comercio posee, entre otros negocios, la explotación de las más importantes fábricas nacionales de superfosfatos y abonos minerales compuestos, ácidos sulfúricos anhidro y comercial, ácidos nítricos y clorídricos, sulfatos de sosa, glicerinas comerciales y farmacéuticas, colodión y demás productos químicos.
Fábricas en Elorrieta, Zuazo y Oñate (Vizcaya); en el Cateo y Ariz (Asturias); en Bonanza y Trarafa.
Diríjanse los pedidos
Lotería, 3 (Bilbao) * * * * *
* Villanueva, 11. Apartado 66, Madrid * * * * *
* * * * * Uria, 40, Oviedo.

Café y Restaurant

LA LOBA
José Márquez Caliz

PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN (MALAGA)

Cubiertos de dos pesetas hasta las cinco de la tarde. De tres pesetas en adelante a todas horas.
A diario, Macarrones a la Napolitana.
Variación en el plato del día.
Vinos de las mejores marcas conocidas y primitivo Solera de Montilla.
Aguardientes de Cazalla, Rute y Yunqueira.
Variedad en exquisitos licorosos.
Servicio a domicilio.
Entrada por calle de San Telmo (patio de la Parra).

POSTAL DE FAMILIA

EN PLATINO BROMURO

6 EJEMPLARES, PTAS. 6

FUENCARRAL, 29, COMPANY

Luna, 11 • La Confianza • Luna, 11

Grandes almacenes de muebles de tapicería y ebanistería

Muebles al alcance de todas las fortunas. Especialidad para el amueblamiento de Casinos, Diputaciones, Ayuntamientos, etc., con grandes facilidades para el pago.

Representante: J. SALGADO DE TRIGO

IBARRA Y COMPAÑIA

SEVILLA

LÍNEA REGULAR DE VAPORES

Entre Bilbao, Sevilla, Marsella y puertos intermedios

Entre Bilbao, Sevilla, Marsella y puertos intermedios

Servicio semanal entre Pasajes, Gijón y Sevilla

Tres salidas semanales de todos los demás puertos hasta Sevilla.

Servicio quincenal con Bayona y Burdeos

Se admite carga a flete corrido para Rotterdam puertos del Norte de Francia.

Para más informes, oficinas de la Dirección y D. Joaquín Haro consignatario.

LOS ÚLTIMOS FIGURINES

LOS ÚLTIMOS FIGURINES

CABIEDES

FUENCARRAL, 6, PLANTA BAJA Y ENTR.

ALCALÁ, 6 y 8, ENTRUSUELO

ANUNCIOS

En nuestra Administración

37, San Marcos 37.

THE BERLITZ

SCHOOL OF LANGUAGES

ENSEÑANZA PRÁCTICA

DE

Lenguas Vivas

Paris, 1900. DOS medallas de Oro

150 sucursales en Europa

PRECIADOS, 9, PRINCIPAL, MADRID

BARCELONA: Rambla de las Flores, 17.

SEVILLA: Méndez Núñez, 19.

VALLADOLID: Pintor Sorolla, 11.

BILBAO: Campa de Albia, 1.

CARTAGENA: Calle Jara, 26.

MÁLAGA: Calle Nueva, 18.

CÓRDOBA: Ambrosio Morales, 2.

VIGO, OPORTO, LISBOA, OPORTO.

a Fundación Tipográfica

Richard Gans, Madrid

ha suministrado todo el material para el

„Diario Universal“.

EL DIVORCIO EN ESPAÑA

Opiniones expuestas sobre esta materia por los Sres. Ace-

gato, Arce, Baroja, Blasco Ibáñez, Duro, Gual, Guzmán, Gu-

erra, Durruti, Estay, Ferrer, García, Giner de los Ríos,

Guerra, Luque, Ledesma, Maura, Martínez Ruiz, Miquel, Na-

varro, Ledesma, Nogales, Novo y Colson, Ortiz de Pinedo, Pan-

de y Valle, Pío, Pío, Pío, Pío, Pío, Pío, Pío, Pío, Pío, Pío,

Surina, Unamuno, Vega Armijo, Villaverde, Zola, Zozaya y

las Sras. Viqueza de Barrientes, Echarri, Gimeno de Fla-

quer, Contreras de Rodríguez, Fardo Bazán, Rey y todos los

doctores del Diario Universal que tomaron parte en el plebis-

cio de este periódico. Conclusiones y recopilación de Co-

lombio.

Precio del ejemplar, dos pesetas.—Para los lectores de este

periódico cuesta sólo una peseta en nuestra Administración.

Los Tirolese

EMPRESA ANUNCIADORA

Oficinas: ROMANONES, 7 y 9, entresuelos

Anuncios, reclamos, noticias y comunicados en

los periódicos de Madrid, provincias y extranjero,

con combinaciones a precios muy reducidos.

Esquelas de defunción y aniversario en los pe-

riódicos, con altos descuentos.

Anuncios en los teatros, tranvías, vallas, media-

terías y Programa oficial del Teatro Real.

PIDANSE TARIFAS

RÁPIDAS PROPAGANDAS

ALMANAQUE

1905

Pequeña Enciclopedia popular de la Vida Práctica

Un tomo de 500 pag., más de 1000 figuras y mapas en colores

Es ameno e instructivo

CONVIENE A TODO EL MUNDO

INTERESA A TODO EL MUNDO

PUEDEN SER LEÍDOS POR TODO EL MUNDO

REGALOS

Participación gratuita al billete de

la Lotería de Madrid

En cartón 1.º 50

En piel 3 Pesetas

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

En el 3.º 1.º 50

VINOS DE RIOJA

BODEGAS FRANCO-ESPAÑOLAS

LOGROÑO

Pidanse en los principales Hoteles, Restaurants, Establecimientos de Ultramarinos y Vinícolas

DEPÓSITO SUCCURSAL EN MADRID PARA LA VENTA AL POR MAYOR

4, Calle de San Roque, 4. — Teléfono 380

LA ESTRELLA

SOCIEDAD ANÓNIMA DE SEGUROS

Dirección general

MADRID — FERNANFLOR, 2

VIDA — RENTAS

INCENDIOS

MARÍTIMOS

VALORES

PAQUETES

MERCANCÍAS

10.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.000

12.000.0